

HISTORIA

I. En los tiempos remotos y prehistóricos se encontraba poblado el territorio de México por infinidad de razas que no podemos definir si eran autóctonas ó inmigrantes de otras regiones; pero á través de la densa niebla que envuelve la memoria de aquellas edades, podemos establecer con el Sr. Chavero, notable publicista mexicano, tres grandes grupos que ocupaban el país, á saber: la raza *maya-quiché* al Sur, los *othomies* al centro y los *nahoas* al Norte. De las tres se conservan indelebles recuerdos que no permiten poner en duda su existencia; pero si queremos remontarnos más allá de ellas, entramos en el escabroso terreno de la hipótesis, donde es muy fácil tropezar y lesionarse el sentido común.

Si admitiésemos la teoría darwiniana del mejoramiento de razas por la selección natural y el paso asombroso del mono al hombre, no necesitaríamos acudir á la inmigración del pueblo asiático viniendo por el estrecho de Behring, ni á pescadores de la Oceanía, extraviados, ni á la fabulosa *Atlántida*, poética creación platónica y que el sabio escritor antes citado hace cuna de la americana familia, porque entonces la misteriosa transformación del bruto en ser humano podía haberse verificado independientemente en regiones distintas del Globo. Pero el estado actual de la ciencia, la razón y el linaje del hombre, prohíben, por ahora, admitir tan peregrina hipótesis, y necesario es creer que la primitiva población de América vino de otra parte, á no poner en ella el *Paraiso Terrenal* con su primera pareja. Y no pudiendo venir de la Atlántida porque este continente existió tan sólo en la fantasía de Platón y en la de algún poeta moderno que siguió sus pasos, lógico es suponer que vino de las tierras más cercanas, cuales son las hoy heladas regiones del Norte de Asia.

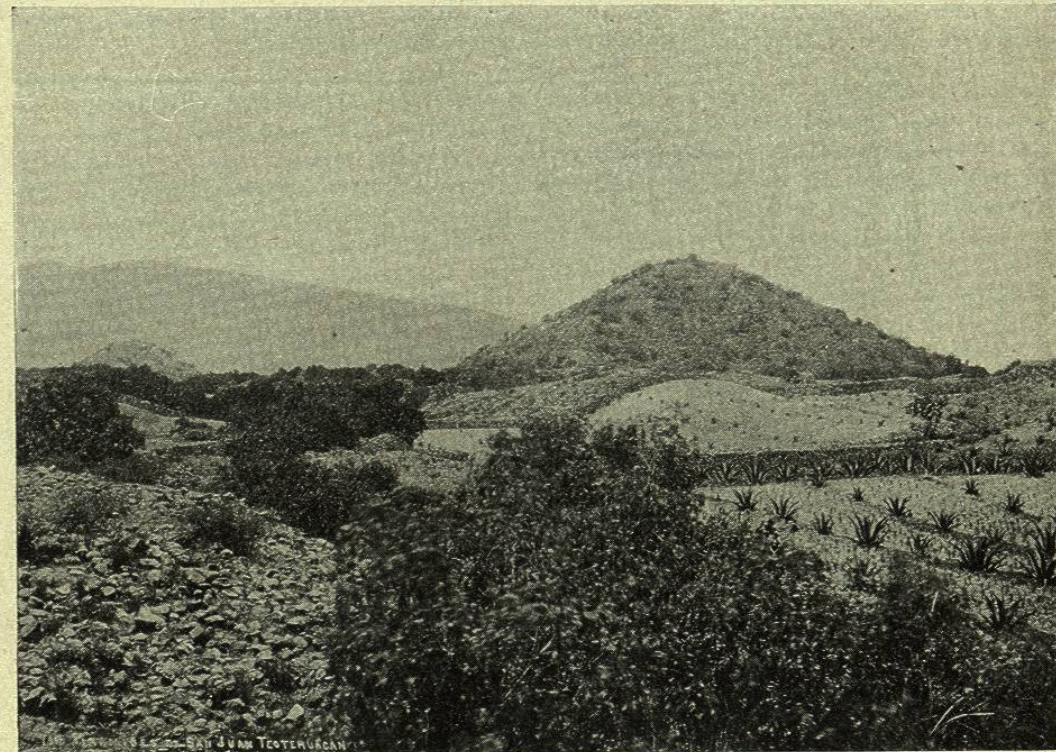
Nadie que algo ilustrado sea podrá negar que este último continente fué la cuna de la gran familia humana y de él irradió sobre la Tierra y en todas direcciones, salvando las cordilleras y atravesando los mares: no siguiendo el movimiento aparente del Sol, como algunos aseguran sin más datos que haber comprobado las emigraciones á la Libia y á la Europa y no poder hacerlo con las que debieron verificarse al Oriente, fuese de isla en isla por el Pacífico, ó bien fuese remontándose al Norte y cruzando el Polo.

Los *othomies*, los *nahoas* y los *mayas*, descendientes directos de razas asiáticas ó de otras americanas que habían tenido aquel origen, poblaron, pues, este territorio en tiempos remotos que alcanzan á algunos millares de años antes de nuestra era.

Las continuas emigraciones de los *nahoas* al Sur y de los *mayas* al Norte, pasando por el centro, trajo la confusión de razas y familias, mezclándose los idiomas, cambiándose mutuamente las religiones y sus cultos y transformándose unas en otras las costumbres de cada pueblo. Llegados al centro del país los *ulmeca*, constructores de las pirámides de Cholula y Teotihuacan, los *tarascos* fundadores del poderoso reino de Michuacán, los *chichimeca*, los *malinalca*, los *matlaltzinca*, los *tepaneca*, los *nonoalca*, los *chalca*, los *xochimilca* y otra infinidad de tribus y familias con sus edificaciones heterogéneas unas, sus múltiples dialectos otras y todas con sus variados usos y costumbres, formaron en el gran libro de la Historia, tan enredada madeja, que no bastan los loables esfuerzos de ilustrados histo-

riadores á ponerla en claro: afortunadamente conseguirlo serviría para poco más que satisfacer una curiosidad científica.

La historia de los distintos pobladores de México empieza á aclararse después del sexto siglo de nuestra era, y aun entonces es muy fácil confundirse en el inmenso dédalo que forma tal diversidad de gentes. La Geografía es impotente para fijar las ideas porque hay lugares cuya situación se ignora y que fueron ocupados por tres ó cuatro tribus distintas en un corto período de años; la Filología contribuye al embrollo de la Historia, clasificando cincuenta y tantos idiomas y más de doscientos dialectos que se hablaban en el país. Y en este intrincado laberinto no debe admirarnos que el historiador se extravíe y pierda la brújula que había de indicarle el norte de la relación histórica.



PIRÁMIDES DE TEOTIHUACAN

Finalizando el siglo VI y á consecuencia de causas que se ignoran, prodújose la emigración de tribus del Norte al centro, llegando á la ciudad de Tollan, procedentes de *Huehuetlapallan*, por los años 674, los *tolteca*, después de una peregrinación por el litoral del Pacífico que duró más de un siglo. Esta tribu, adoradora de los astros, conquistó varios territorios ocupados por *ulmecas*, *chichimecas* y otros, y convirtió los grandes templos-pirámides, advocados á distintos animales por las razas del Sur, en templos al Sol, á la Luna y á la estrella vespertina.

Los toltecas traían consigo el germen de la civilización. Eran agricultores y dados á la industria; y como numerosos y fuertes, pronto dominaron y absorbieron variedad de pueblos, imponiéndoles su lengua, su teogonía y su calendario. Durante cinco siglos, hasta 1116, formaron una poderosa nación, próspera y feliz, que se gobernaba monárquicamente; pero en el período de administración de su undécimo rey, sobrevino la ruina del Estado y la dispersión de los *tolteca*, á consecuencia de una lucha desastrosa con algunos señores ambiciosos de *Xalisco*, que alegaban derechos al trono.

Existe una curiosa tradición sobre las causas de este desastre que no debemos pasar en silencio, porque en ella figura como manzana de la discordia el fa-

moso *pulque*, bebida fermentada que se extrae del *maguey* ó agave, y cuya invención supone en dicha época la tradición citada. La hermosa *Xochitl* fué la que llevó á cabo tal descubrimiento. Observando el trabajo de un animalejo que armado de una trompa especial rascaba la *penca* del maguey y esperaba, para chuparlo, á que manase el jugo, no tuvo más que imitarlo y consiguió obtener el tan estimado licor, que se apresuró á llevarlo á la corte y ofrecerlo á su rey.

Reinaba entonces *Tecpancaltzin* que quedó admirado del dulce néctar, pero más aún de la hermosura de *Xochitl* á quien sedujo y con la que tuvo un hijo bastardo que se llamó *Meconetzin* ó *Topiltzin* (hijo del maguey).

Sin respetar el derecho de los hijos legítimos, al terminar su período de gobierno (los monarcas tolteca reinaban 52 años cada uno), entregó *Tecpancaltzin* el cetro á *Topiltzin*, y aquéllos al ver la nación en poder de su medio hermano, y gobernando á su placer la entonces ya anciana *Xochitl*, se insurreccionaron, y tras espantosas batallas y asoladoras pestes, quedó el reino destruido.

El *pulque*, pues, tan estimado por ciertas clases del pueblo, y que representa hoy una producción de algunos millones de pesos, fué la causa de que una nación fuerte y notablemente avanzada en la civilización se disolviese para siempre.

Al año siguiente de la destrucción tolteca, llegaron nuevas familias *chichimeca* que procedían de *Amequemecan* y se desparramaron por los terrenos que poco antes formaban aquel poderoso reino. Vinieron también los *xochimilca* que fijaron su residencia al Sur del Valle en el lago que hoy lleva su nombre; los *chalca* que ocuparon el SE. á orillas del de Chalco; los *tepaneca* que poblaron la parte occidental y fundaron su corte en *Atzacaputzalco* y después en *Tlacopam*, hoy *Tacuba*; los *teccocanos* que crearon el poderoso reino de *Acolhuacan*, capital *Texcoco*, y por último, los *mexica* ó *aztecas*, que era la familia llamada á dominar todos los pueblos del *Anáhuac* hasta ser dominada á su vez por los conquistadores españoles.

II. *Aztlan*, patria primitiva de los *aztecas*, estaba situada, según *Humboldt* y otros, en la región septentrional de lo que hoy son Estados Unidos de América; pero el Sr. *Chavero* la coloca en el actual territorio de *Tepic*, á poco más de 140 leguas de México, en una isla de la laguna *Mexcaltitlan*. De allí emigraron los *aztecas* en 583, á raíz del derrumbamiento del reino *tlapalteca*, al que estaban sometidos, empezando una peregrinación que había de durar ocho siglos hasta su establecimiento definitivo en el Valle de México ó *Anáhuac*. Como procedían de una isla situada en medio de un lago, encontraban placer en detenerse y fundar ciudades en todos los lugares que por su aspecto les recordaban su primitiva patria. Así parece que estuvieron un tiempo en el lago *Chapala*, abandonándolo á instancias de los sacerdotes que decían interpretar la voluntad de su dios *Huitzilopochtli* y que era de proseguir la peregrinación. Habitaron después la laguna de *Pátzcuaro*, y tras otras detenciones más ó menos largas en distintos puntos, llegaron al valle de México en 885, encontrándolo ocupado todo él por las tribus que en la emigración les precedieron. Con permiso de los reyezuelos del país se establecieron en *Tepeyacac*, hoy la villa de *Guadalupe*, y después en *Chapultepec*, lugares que sucesivamente abandonaron, huyendo de las exacciones y gravámenes con que los molestaban los señores *chichimeca* dueños del terreno. Establecidos por último en unas islas miserables del lago, no tuvieron tiempo ni de hacer sus viviendas, cuando fueron acometidos por las tropas del régulo *chichimeca Coxcox*, vencidos y sumidos en la esclavitud. Durante su cautiverio hicieron á su dios *Huitzilopochtli* el primer sacrificio de sangre humana, de que tiene noticia la Historia, matando con aquella horrible crueldad que había de distinguirlos más tarde, cuatro infelices prisioneros *xochimilca* que apresaron en una batalla. Parece que *Coxcox* se horrorizó de tan bárbara costumbre y tuvo miedo de que con ella se contagiase su pueblo; así fué que pretextando gratitud á los mexicanos por el auxilio que le habían dado, como esclavos valientes, en su guerra contra los *xochimilca*, les devolvió la libertad.

De nuevo comenzaron su peregrinación, errando por el valle hasta que por fin encontraron el punto donde, según sus tradiciones, debían establecerse definitivamente. En una pequeña isla de sonriente vegetación, que surgía del lago, vieron

posada un águila, de gran tamaño, sobre un nopal que naciera en la hendidura de una roca. El ave sujetaba con el pico y la garra derecha una culebra (en otros jeroglíficos es un pequeño pájaro) que se retorció en las ansias de la muerte y formaba precisamente el símbolo indicado por *Huitzilopochtli* que había de revelarles el lugar donde era su voluntad formasen patria. De esta tradición tomó origen el actual escudo mexicano.

Inmediatamente levantaron los peregrinos en aquel punto un modesto templo á su dios, que se inauguró sacrificando un prisionero *acolhua*, segunda víctima humana en el país, de aquella bárbara religión, y á su alrededor comenzó á formarse la futura metrópoli mexicana, que nombraron *Mexitli*, en honra de su dios *Mexi*, otro nombre que daban á *Huitzilopochtli* y *Tenochtitlan* ó ciudad de *Tenoch*, el sacerdote fundador.



FUNDACIÓN DE MÉXICO

(Copiado de un CÓDICE por CHAVARRO en la obra *México á través de los siglos*)

La fundación de México tuvo lugar en *ome calli* ó sea 1325; y fué su primer rey *Acamapitzin*, nombrado 27 años después de la fundación, en 1352. Con la elección de este monarca no estuvo conforme una parte de la población, antagónica á la otra por disidencias que databan ya de los tiempos peregrinos, y abandonando la ciudad, establecióse en otra isla inmediata que se llamó *Tlaltelolco* y forma hoy un barrio del México moderno.

Establecidos los aztecas en la isla, hicieron verdaderas maravillas de ingenio para ensancharla y unirla á tierra por calzadas que construían con fuertes empalizadas y rellenos. La lenta retirada de las aguas del lago, que disminuía y sigue disminuyendo de volumen, ayudaba su labor, y poco á poco fué haciéndose el islote tierra firme, y los *mexica* un pueblo fuerte.

Por medio de alianzas con algunos reyes y caciques del Valle, y triunfando de otros en distintas campañas militares, esta nación tomó unos vuelos desconocidos hasta entonces en la vida efímera de aquellos imperios, y llegó á ensancharse por

el Oriente hasta las costas del Golfo, por el S. y SE. hasta el Pacífico y Guatemala y por el Poniente hasta el reino de *Michuacán*, donde los tarascos, fuertes y valerosos, se opusieron siempre á la invasión de los *mexica*. Dominaban todos los pueblos vecinos á excepción de la *República de Tlaxcala*, con la que sostenían titánicas luchas, siendo unas veces vencidos y otras vencedores.

Mientras tanto, la civilización se había desarrollado entre ellos de un modo notable. Construían magníficos templos á sus dioses, y regios palacios á sus monarcas: el cómputo del tiempo, que heredaran de los *tolteca*, fué perfeccionado por ellos y escribieron sus leyes en el gran calendario de piedra que se conserva en el



ACTUAL ESCUDO DE MÉXICO

Museo. El fausto y el lujo de sus reyes y grandes señores acusaban el refinamiento y la molición de una raza que llega al bienestar después de muchos siglos de penuria: sus ejércitos, bien organizados y disciplinados, cruzaban el territorio victoriosos, y centenares de reyezuelos y caciques les pagaban tributos y rendían homenaje.

Sólo una terrible mancha afeaba su civilización y cultura, y era el fanatismo de la religión que les hacía sacrificar en el altar de sus dioses millares de víctimas humanas: sacrificios que alcanzaban espantosas proporciones en las grandes fiestas. Cuando la consagración del calendario perecieron setecientos indios en el sangriento rito, cifra insignificante si se compara con la de *veinte mil!!* víctimas sacrificadas en los cuatro días que duraron las fiestas de dedicación del gran *Teocalli*, en el reinado de *Ahuizotl*.

En tal estado mixto de prosperidad, civilización y barbarie se encontraban los aztecas, cuando, reinando *Moctezuma II*, el Imperio fué conmovido por el gran

acontecimiento de la llegada á sus costas de una nueva raza; hombres blancos, barbados, que navegaban en grandes buques *con alas* y cabalgaban en gigantes *venados*; que disponían del trueno y del rayo y venían enviados por los dioses. Era *Quetzalcoatl*, que cumplía su promesa de volver á la Tierra á encargarse del gobierno de México, según decía la tradición. Eran los españoles, que al mando del inmortal Cortés se disponían á conquistar un nuevo reino para la corona de Castilla.

Esta parte de la historia de México es demasiado conocida para que nos detengamos á detallarla. Aquella epopeya en que se vieron, frente á frente, la civilización y la barbarie, la cruz y el paganismo, representados por dos razas heroicas, por dos pueblos acostumbrados á vencer, en Europa el uno y el otro en América, tenía que dar lugar á choques terribles que sembrasen de cadáveres los campos del Anáhuac y tiñesen en sangre los tranquilos lagos del Valle de México.

III. Hernán Cortés, sin ánimos de conquistar sino en atrevido viaje de exploración, avanzó desde la península de Yucatán hasta la *República de Tlaxcala*, hoy Estado del mismo nombre, y allí sostuvo una batalla contra los tlaxcaltecas, vencidos y derrotados. Comprendieron éstos la inutilidad de luchar contra unos hombres privilegiados cuyo grito de combate era el trueno y cuyas armas el rayo; que destrozaban las filas de sus enemigos con los herrados cascos de los monstruos en que cabalgaban y defendían sus pechos con la metálica coraza, en la que se embotaban las flechas. Comprendieron que todo esfuerzo sería vano y celebraron la paz con Cortés, exigiéndole en las capitulaciones que el ejército español se obligase á ayudarlos en sus frecuentes luchas contra el Imperio mexicano. El caudillo castellano supo entonces que un odio secular apartaba ambos pueblos, y hábil político, como guerrero táctico y heroico, decidió aprovechar tal descubrimiento y emprender la conquista de aquella vasta monarquía, haciéndose auxiliar por sus nuevos amigos. Concertaron, pues, un pacto de amistad, que por parte de los honrados indios de Tlaxcala fué siempre fiel é inquebrantable y que debía traer como consecuencia el derrumbamiento del trono de los Moctezumas.

Acompañado Cortés por un cuerpo de ejército tlaxcalteca, salió para México, la Venecia americana, la suntuosa capital azteca, que llena de asombro lo vió llegar á sus puertas el 8 de Noviembre de 1519. El cándido Moctezuma II, sin fijarse en el aparato bélico de aquellas huestes que bien claro denunciaba la intención de conquistar su Imperio, se entregó cariñoso al Capitán español, recibéndolo y agasajándole como á un príncipe amigo.

La hábil política de Cortés consiguió de Moctezuma que se reconociese feudatario de los reyes de España, haciendo valer para ello la tradición azteca de que *Quetzalcoatl* volvería á la Tierra para dirigir el gobierno de los pueblos, y allí estaba él, *Malinche*, como llamaban los indios á Cortés, representante del dios para cumplir la profecía. Hizo más el ingenioso caudillo: comprendiendo los peligros que de pronto podrían surgir para su pequeña hueste si se insurreccionaban los mexicanos, obtuvo del incauto Moctezuma que se trasladase al palacio que ocupaban los españoles, y hospedándolo allí lo retuvo como valioso rehén para el caso de una lucha con el pueblo.

Cerca de seis meses llevaba Cortés en México viviendo en armonía con los mexicanos, ocupándose en recoger el oro y otros valores que le proporcionaba el emperador, y estudiando la forma en que podría imponer á aquellas gentes el cristianismo sin provocar un conflicto, cuando vino á preocuparle la noticia de que Pánfilo de Narváez, al frente de un poderoso ejército, enviado por el adelantado de Cuba, Diego Velázquez, había arribado á las playas de Veracruz con orden de prender al *traidor* Cortés por haberse independizado de la autoridad de aquél. Trató el conquistador de evitar un rompimiento con Narváez, enviándole mensajeros á proponerle la paz y decirle que si era portador de órdenes del rey de España, las presentase para acatarlas; pero aquél, que era simplemente un enviado de Velázquez, contestó desdeñosamente todos los mensajes y no tuvo otro remedio Cortés que aceptar la lucha.

Dejando al famoso capitán Pedro de Alvarado al frente de una pequeña guar-

nición en el palacio, custodiando á Moctezuma, partió con el resto de la tropa al encuentro de Narváez, á quien sorprendió la noche del 26 de Mayo de 1520, derrotándolo completamente y haciéndolo prisionero.

Este hecho de armas de Cortés es uno de los más gloriosos de su vida militar. Ya no luchaba con indios desnudos é ignorantes y armados de flechas, sino con un ejército español, tres veces superior al suyo, provisto de arcabuces y cañones y perfectamente disciplinado. Pero el genio y la suerte de Cortés no tuvieron igual, y nada resistía al empuje de sus soldados á quienes fanatizaba con la elocuencia de sus arengas.

Agregado el ejército vencido al suyo, regresó á México con mayores elementos militares, y se halló con la triste novedad de que una malhadada impremeditación de Alvarado había producido terrible insurrección en el pueblo mexicano. Habiéndosele denunciado á aquél una conspiración que se decía tramaban los nobles aztecas contra los españoles, mandó Alvarado á sus soldados acometerlos y darles muerte cuando se hallaban reunidos para una fiesta en el patio del gran *teocalli*. Verdadera ó falsa la denuncia, el hecho sembró entre los indios primero el terror y después el odio contra los extranjeros invasores. Tomando por pretexto la sospecha de que su amado emperador era prisionero de los españoles, se insurreccionaron en masa, y tumultuosamente pidieron que se les entregase su monarca y que aquéllos abandonasen el país.

En esta actitud se hallaban cuando llegado Cortés á México y enterado de sus pretensiones resistióse á ellas, y entablándose la lucha, comenzó una espantosa carnicería en la que perecieron los indios á millares. Pero ya en aquel pueblo semi-bárbaro y semi-civilizado se había despertado la ardiente pasión del patriotismo y el amor á la independencia, y en vano fué que cayesen á centenares ante las balas de los arcabuces y el cortante filo de las espadas; y en vano fué que el incendio destruyese sus viviendas y los caballos atropellasen las multitudes; como en vano fué que su propio emperador los exhortase á la sumisión asegurándoles que, lejos de estar prisionero, se hallaba por su propia voluntad al lado de aquellos extranjeros enviados por los dioses. Nada pudo calmar el furor del pueblo, que como mar embravecida levantó sus imponentes olas de odio contra los invasores, siendo la primera víctima de aquella conflagración el infeliz Moctezuma II, á quien hirió mortalmente una pedrada que le dirigieron sus propios súbditos en momentos que les predicaba paz y concordia.

La lucha tomó entonces un carácter más feroz y terrible. Centenares de millares de indios acometían á aquel puñado de europeos con un valor salvaje pero heroico, y atravesaban por entre las llamas que consumían sus hogares, y escalaban las trincheras formadas por montones de muertos, y cada vez estrechaban más sus innúmeras falanges á la ya reducida hueste de Cortés. Esta se defendió heroicamente durante algunos días, haciendo salidas del cuartel, con sublime valor, que costaba la vida á innumerables indios. En una de ellas tomaron el gran *teocalli* defendido por los nobles y los sacerdotes en los que hicieron horrible matanza; pero fatigados y hambrientos los soldados, sin descansar un solo instante en tan tenaz pelea, vieron llegado ya el momento en que prolongar la resistencia equivalía al suicidio y decidieron abandonar la ciudad. A favor de las sombras de la noche del 8 de Julio de 1520 emprendieron la retirada; retirada desastrosa que costó preciosas vidas al ejército de Cortés.

Ya hemos dicho que México era entonces una isla unida á tierra por algunas calzadas y cruzada por todas partes de canales que se pasaban por puentes de madera. Estos puentes fueron levantados por los indios para cortar la retirada á los españoles; pero el caudillo de la conquista, genio previsor que nunca descuidaba los detalles, hizo construir un puente portátil que llevaban en hombros cuarenta individuos de su ejército. Llegados á la primera cortadura de la calzada de Tlacopam (Tacuba), por donde se retiraban, fué colocado el puente, que cruzaron con facilidad el primero y segundo cuerpo de la columna; mas al querer hacerlo la retaguardia fué descubierta por los indios, que con horrible furor y dando terribles aullidos, se precipitaron rabiosos sobre los fugitivos, trabándose una lucha cuerpo á cuerpo más desesperada que todas las de aquellos días. Cada español luchaba

contra multitud de mexicanos, que pugnaban por cogerlo vivo para sacrificarlo ante sus dioses. Y esta horrible perspectiva multiplicaba las fuerzas de los españoles de un modo tan prodigioso, que hacían verdaderas hazañas de Hércules en aquella espantosa noche. El valiente Alvarado, que se quedara atrás para proteger la retaguardia del ejército, perdió su caballo y al momento fué rodeado de feroces indios que lo acometían como furias del Averno. Viéndose perdido dió tan mara-



ÁRBOL DE LA NOCHE TRISTE

viloso salto, apoyándose en su lanza, que salvó la cortadura y se vió libre de aquel peligro. Tan prodigioso debió ser el salto de Alvarado, que dió nombre á aquel sitio y hoy se conoce la calle que por él pasa con el de *Puente de Alvarado*.

En medio del fragor de la pelea, el puente portátil se había volcado y desaparecido en las aguas del canal, haciéndose así dificultosísima la retirada, que se terminó al fin á costa de mucha sangre y de grandes pérdidas para el ejército.

Hernán Cortés, después de luchar como un héroe mitológico en los puntos de mayor peligro, se detuvo un momento en la aldea de Popotla, á media legua de la ciudad, á contemplar la retirada, y arrimándose á un árbol, majestuoso *ahuehuete*